

Cabo de Trafalgar.

Entre la ensenada de Conil y la de Barbate, se adentra en el mar el Cabo de Trafalgar.

Este monumento natural está formado, en realidad, por un pequeño islote rocoso y dos lenguas de arena o tómbolos, que lo unen a tierra firme.

Estos acantilados, que conforman un paisaje brumoso y en calma, guardan el recuerdo de un violento episodio.

La torre de Roche, antes de ser transformada en faro, vio pasar las naves camino del combate.

La noche del 21 de octubre de 1805, en medio de una fuerte tormenta, Francia y España, aliadas contra Inglaterra, libraron una decisiva batalla.

Se combatió con furia y murieron miles de marineros y soldados. La flota franco-española cayó derrotada y Nelson, el almirante inglés, ganó la batalla pero perdió la vida.

Casi la mitad de los navíos que formaban la escuadra combinada acabaron descansando en el fondo del mar frente a las costas gaditanas después de aquella noche. El fuerte temporal, que se prolongó durante una semana, acabó con las ya maltrechas embarcaciones.

Los que fueran imponentes navíos de guerra duermen ahora bajo el agua, sus restos inmóviles han sido colonizados por algas y corales.

El duro metal de los cañones espera aquí que los científicos los rescaten y escriban todos los detalles de la historia.

Y no es la única historia de contienda que encierran estas costas. La zona fue durante siglos arrasada y saqueada.

Se construyó un completo sistema de castillos y torres vigías que permitían avisar de la presencia de piratas mediante un lenguaje de fuego y humo. Así se defendía a los pescadores de atún que se afanaban en las almadrabas.

Ajeno a la tumultuosa historia de estas costas, el fondo marino despliega ante nuestros ojos toda su riqueza.

Los Cerianthus construyen un tubo en el que se alojan sus innumerables tentáculos. Anuncian aguas tranquilas y profundas.

Resguardada de la luz crece la delicada Dendrophyllya, un tipo de coral de brillantes colores, tan sensible que muere con un mínimo roce.

Son cnidarios, esos sorprendentes animales que pueden vivir fijos al sustrato —como los corales— o nadando libremente —como las medusas.

También las hermosas gorgonias son animales de este tipo. La aparente calma de estos seres y su hipnótico balanceo oculta una gran voracidad. Los millones de microorganismos que flotan a merced de las corrientes marinas son presa fácil del aparato digestivo de las gorgonias, ya que los cientos de diminutas bocas repartidas por sus ramas captan continuamente el alimento suspendido en el agua.

Pero la belleza de sus colores y sus caprichosas formas arbustivas no deben hacernos olvidar que su lento crecimiento merece el máximo respeto.